

MARILYN WARING.
CARMEN ALBORCH: "LIBRES"
Ed. Santillana Ediciones Generales S.L.
Madrid, 2004

CUANDO LAS MUJERES CUENTAN

MARILYN WARING
"Cuando las mujeres cuentan"

«Como estudiante de filosofía política, yo tenía miedo de escribir esto —es decir, mi propio punto de vista—, miedo de que los hombres me pusieran en ridículo y de que pudieran "marcar" mi trabajo, miedo de escribir en primera persona. Sin embargo, ahora estoy encantada de poder exponer todas estas ideologías tiranizantes»[†].

La escritora Katherine Mansfield había impulsado a Marilyn Waring —como a tantas mujeres— a arriesgarse, a no ocuparse de la opinión de los demás, porque pueden llevarse a cabo los deseos más difíciles. «Actúa por ti misma» o «Enfréntate con la verdad» eran frases que apoyaban su actuación. Por eso Waring se decidió a escribir *Si las mujeres contaran* —titulado en algunos países *No contamos nada*—; por eso se decidió a entrar en el laberinto de la economía, porque sospechaba que las cosas no eran como parecían y que se cometían, en nombre de la ciencia económica, graves injusticias'.

EL LENGUAJE Y LA ECONOMÍA

El lenguaje adquiere, en determinados casos, un valor místico y casi milagroso. Prácticamente todos los grupos profesionales se relacionan mediante un código cuyo principal objetivo es la definición y la precisión en los asuntos que tratan. Pero aún pueden citarse dos razones bastardas en el uso implacable de los códigos profesionales: la consideración ajena y la autodefensa. Los médicos, los toreros o los estudiantes, por citar algunos ejemplos dispares, usan códigos específicos —jergas o argot— que fomentan la conciencia de pertenencia a un grupo y que, en muchas ocasiones, son indescifrables para las personas ajenas al colectivo. Cuando un grupo o un colectivo desea que nadie interfiera en sus intereses suele explicar que su asunto es «muy complejo»; en el fondo sólo se está advirtiendo que «tú no lo puedes entender». Así se devalúa la inteligencia del otro y se preserva la capacidad de influencia extraña.

Uno de los colectivos más implacables en el uso de un lenguaje críptico, misterioso y distante es el de los economistas. (En los diarios, incluso, se distinguen por el uso de las famosas páginas en color salmón). Muchos lectores apartan cuidadosamente esos cuadernillos convencidos de que su misterio es impenetrable, y que toda esa secuencia de «obligaciones», «IPC», «beneficios netos», «márgenes de intermediación», «crecimientos de PIB» o «fondos de renta variable» sólo importa a un pequeño sector de privilegiados que pueden entenderlo. «El lenguaje conlleva un cierto poder. Es un instrumento de dominación»³.

«Economía», tal y como se define en el Diccionario académico, es la «administración eficaz y razonable de los bienes»⁴. Curiosamente, en su origen, *okonomikos* significaba «cuidado y administración de la casa». Sin embargo, pocos especialistas en economía estarían dispuestos a admitir una definición tan sencilla de su disciplina, entre otras cosas por que los significados que se pueden aplicar a «eficaz» y «razonable» son muy variados. Los planes económicos que pueden ser eficaces para uno no lo serán para otros, y serán más o menos razonables en el mismo sentido; asimismo, los «bienes» también pertenecen a la categoría de lo opinable y un individuo puede considerar un «bien» determinados objetos o conceptos que pasarán desapercibidos para otros.

El ánimo cientifista imaginó que la economía, en tanto que disciplina, estaba sujeta a determinadas leyes —como la ley de la oferta y la demanda, por ejemplo—. Sin embargo, la experiencia muestra que en ocasiones entran en juego causas que en ningún caso pueden considerarse de naturaleza económica. «El descubrimiento de leyes generales en economía es difícil», advirtió Einstein, «por el hecho de que los fenómenos económicos observados frecuentemente están afectados por numerosos factores que no es posible evaluar por separado. Además, la experiencia que se ha acumulado desde el comienzo del período llamado "civilizado" de la Historia de la Humanidad, como se sabe bien, ha sido muy influenciada y limitada por causas que de ninguna manera son de naturaleza económica».

EJERCICIOS DE ECONOMÍA PRÁCTICA

Marilyn Waring observó que cada actividad que pasa por el mercado tiene efectos en el crecimiento económico. Incluso ciertas catástrofes, lamentables accidentes o guerras terribles. La economista neozelandesa recuerda, por ejemplo, la tragedia del petrolero *Exxon Valdez*: si este buque se hubiera limitado a cargar el petróleo en Alaska y trasladarlo hasta su puerto de destino, habría sido un viaje relativamente productivo. «Pero si se pretende un gran crecimiento», añade Waring, «es una buena idea que choque contra un iceberg». Así comenzará a circular el dinero, como consecuencia de las indemnizaciones de seguros, la construcción de nuevos barcos, se aplicarán grandes sumas para compensar a los pescadores o a la industria turística, etcétera. Y a través de los medios de comunicación podremos ver la desesperación de la gente y la destrucción o el deterioro del mar, la costa, las playas, la muerte de animales y especies...

¿Por qué entonces se dice que este tipo de accidentes son «desastres»? Porque —a pesar de todo— aún se entiende que el valor de lo destruido es inmensamente mayor que el valor de lo reparado. ¿Cuánto vale limpiar una playa? Pero, ¿cuánto vale la playa limpia? ¿Cuánto vale el

aire que no huele a fuel? La economía puede precisar exactamente cuánto cuesta limpiar un grupo de rocas donde se crían percebes, pero es incapaz de valorar cuánto vale ese roquedal en sí mismo y sin que nadie toque esos percebes.

La madera que se obtiene de la tala de un roble puede tener un valor, digamos, de 1.000 euros; pero, ¿cuánto vale ese mismo roble en su lugar y creciendo lentamente a lo largo de los años? Aún otro ejemplo: ¿cuánto vale un lince o un oso pardo?

Veamos otro ejemplo; veamos ahora cómo otras acciones humanas podrían considerarse en su valor económico aunque las consideremos desastrosas. Un mes antes de la famosa reunión de las Azores, millones de personas en todo el mundo salieron a la calle y se manifestaron contra la evidencia de una confrontación bélica. Fue la primera manifestación global de la Historia. En ningún caso se defendía el régimen tiránico de Bagdad: sólo se pretendía protestar contra el inminente uso de la fuerza armada. Los manifestantes estaban persuadidos de que la guerra sería un desastre: no comprendían el alcance «económico» de la operación.

Efectivamente, la segunda Guerra de Irak comportó «innumerables beneficios»: el presidente norteamericano pidió al Congreso 87.000 millones de dólares, de los cuales, 67.000 millones se destinaron a gastos militares; se potenció la industria armamentística, que da trabajo a miles de personas; se renovaron los arsenales y se pudieron vender armas obsoletas a países tercermundistas. Cuando se consiguió invadir Irak, el ejército estadounidense y los grupos de apoyo británicos se ocuparon de vigilar las torres petrolíferas, procurando de este modo estabilizar el mercado del crudo; aunque el uso del petróleo iraquí es un negocio turbio, Occidente puede estar seguro de que el control estadounidense del subsuelo iraquí proporcionará seguridad y estabilidad en los mercados; la Conferencia de Donantes celebrada en Madrid logró reunir casi 35.000 millones de dólares para la llamada «reconstrucción» de Irak, pero la cifra aumentará en mucho durante los próximos años; algunas empresas occidentales resultaron agraciadas con esta activación económica; otros beneficios de esta guerra pueden atribuirse al incremento del gasto en armamento de países vecinos, la especulación financiera, el temor y la cesión de negocios a poderosas empresas estadounidenses, etcétera.

Sin embargo, nos producen estupor las conversaciones sobre las repercusiones o las motivaciones económicas de las guerras. Desafortunadamente, los conflictos bélicos están presentes en nuestras vidas, como la segunda Guerra de Irak. Esta ha sido una guerra ilegal y absurda, un auténtico desastre: un despropósito en todos los sentidos. Quizás habría que preguntar a aquellos que han obtenido u obtendrán beneficios económicos de este cruel despropósito cuál es el valor de la muerte, del dolor, de la desolación... ¿Cuánto vale la tortura, la humillación, la indignación y la indignidad?

¿Cómo contabilizar el terror de una niña frente a las bombas? ¿Cuánto vale un soldado desharrapado del ejército iraquí obligado a combatir? ¿Cuánto vale la pierna mutilada de un joven? Simplemente, los llamados «daños colaterales» no entran en el balance.

En estos ejemplos estamos siguiendo el planteamiento inicial de Marilyn Waring en los casos en que existe una contradicción entre los beneficios que se obtienen y el valor de lo que se destruye; y aún resta un tercer aspecto en el que la economista neozelandesa ha hecho hincapié. Veámoslo con un nuevo ejemplo: digamos que M*** es una mujer felizmente casada. Tiene dos hijos. Es «ama de casa». Por decisión propia o por un acuerdo con su esposo o por cualquier otra razón, M*** «no trabaja»; o, lo que es lo mismo, pertenece a la categoría de la población no activa o no productiva.

Sin embargo, M*** realiza trabajos que se consideran productivos generalmente: un cocinero recibe un salario, un planchador recibe un salario, un enfermero de primeros auxilios recibe un salario y una empleada doméstica recibe un salario. M*** realiza todas esas labores en su hogar, pero no recibe un salario. Todas las labores domésticas - e s tos trabajos- tendrían una compensación económica fuera de su casa; pero en su propio domicilio, estas tareas se aceptan «naturalmente», como si fuera «natural» que la mujer, por serlo, debiera asumir gratuita y voluntariamente todos esos trabajos. - E l dinero que yo gano - dice su marido- es de los dos. Mi esposa vive, se alimenta y se viste con mi sueldo.

Desde el punto de vista de la economía, M*** es invisible. Su esfuerzo no es productivo, no tiene valor monetario. Los sistemas económicos sí admiten cierto «valor» no contable en las tareas de M***, porque su trabajo evita que su marido tenga que destinar sustanciales sumas de dinero a una empleada doméstica, puesto que M*** lo hace gratis.

-Bueno, ¿y qué? -pregunta M***-. Es una decisión mía, y es lo que deseo hacer.

No es mucho decir: lo que M*** entiende como decisión propia no es más que el cumplimiento de las expectativas de un modelo social llamado patriarcado, concretamente, en lo que se refiere a la división sexual del trabajo. Otras amas de casa tendrían actitudes menos complacientes. Los padres de M*** visitaron recientemente a su hija. Había un montón de ropa limpia que debía plancharse. Su padre ni siquiera reparó en ello; su madre «decidió» ayudarla y cogió la plancha inmediatamente.

Marilyn Waring constata lo que parece oculto y es una evidencia: que el trabajo productivo que realiza la mujer se considera no productivo. Desde el cultivo de alimentos - en algunos lugares- y su procesamiento, la nutrición, la limpieza, la mediación, la educación -secuencias del complejo proceso de la reproducción- se ignoran y no se aprecian integrados en el sistema productivo. La economía y los economistas no reconocen que las mujeres que se ocupan de estas tareas están desarrollando un trabajo con «valor». Y, sin embargo, convendría recordar que la satisfacción de las necesidades básicas que mantienen la sociedad humana es fundamental en el sistema económico. Este es el error fundamental del aspecto masculino de la economía.

Por eso, como nos recordaba Carmen Martínez Ten, las feministas llevan años hablando de la necesidad de modificar el concepto actual de «trabajo», tanto en su condición exclusiva de trabajo asalariado ignorando el trabajo doméstico y todo aquel que no se realice a cambio de un salario, como en su dimensión en el tiempo y en la vida de las personas. En esta misma línea, las feministas italianas plantearon la «ley del tiempo», relacionando el nuevo concepto de «trabajo» con el tiempo y la calidad de vida. El tiempo es el bien máspreciado: el tiempo «describe» la vida de las mujeres, como veremos más adelante.

Ríos de tinta han corrido a propósito de los roles tradicionales, la concepción de las mujeres como «seres para otros», las tareas y la responsabilidad, la interiorización de los roles, los sentimientos de culpabilidad y el malestar que comporta el incumplimiento de expectativas. No hay más que mirar a nuestro alrededor: vemos a espléndidas mujeres, pero muchas de ellas son mujeres exhaustas que, además, tienen que «conciliar» la vida familiar y laboral. Hablamos con frecuencia de la invisibilidad de las mujeres, y aquí aparece ligada a la invisibilidad del trabajo, a la invisibilidad de la inversión en energía y esfuerzo. Este potencial invisible está relacionado con la manutención, la limpieza, los cuidados y la educación de los integrantes de la familia. Ese trabajo no se considera universalmente como tal, aunque existan algunas diferencias regionales. En fin, ese trabajo y la organización de ese trabajo, la responsabilidad que acarrea, el cuidado y la atención - también en sentido emocional-, ¿por qué no puede definirse con precisión y se le otorga el valor que merece? Se trata de conferirle valor económico, pero también social y cultural. Un 40 por ciento de la riqueza de un país, señala Waring, se encuentra en el cuidado de las personas. Y si el trabajo productivo y reproductivo no remunerado permanece invisible, entonces las mujeres seguirán siendo invisibles.

En este sentido, Soledad Murillo⁵ planteaba en su conferencia «Los afectos compartidos» algunas preguntas que vale la pena reseñar: señalaba que el tiempo es el principal capital de que dispone una persona y, por tanto, conviene preguntarse cómo se distribuye su uso y disfrute. Por ejemplo, no suele hablarse del uso del tiempo en una relación de pareja y sólo cuando se plantea un problema se menciona su administración. ¿Desde qué punto de vista se establece esa comunicación? ¿Desde la queja o desde la exigencia? Si el mercado de trabajo da la espalda al tiempo doméstico -lo detecta en los procesos de selección o simplemente lo ignora-, ¿cómo combinar el tiempo productivo y el tiempo afectivo? Murillo de la Vega aporta aún otras cuestiones: ¿cómo se pacta esta combinación de tiempos en el ámbito de la pareja? ¿Existen pactos «a la baja» para mantener un estatus o un patrimonio común? Las relaciones afectivas parten de una idea igualitaria, pero ¿cómo asumir una paridad deficitaria en el uso del tiempo productivo y afectivo? ¿Cuántos proyectos profesionales se aplazan o se acortan con la llegada de hijos e hijas? En fin, el debate se plantea en términos de privacidad, pero estos conflictos, en realidad, deberían tener un tratamiento público, puesto que su resolución afecta definitivamente al Estado del Bienestar.

En un estudio dirigido por María Angeles Durán, F. Cavallet afirmaba que, a pesar de la complejidad de la evaluación, resulta erróneo y sin rigor alguno seguir ignorando el papel productivo del ama de casa y su aporte decisivo a la economía nacional. Su ausencia parece poco justificable y puede introducir distorsiones en los conceptos de crecimiento de riqueza y de nivel de bienestar'.

EL VALOR Y LA CONTABILIDAD

Los casos expuestos más arriba -ecología, violencia y trabajo de la mujer- remiten inmediatamente a la palabra «valor»: ¿cuánto *vale* un árbol? ¿Cuánto *vale* un hombre? ¿Cuánto *vale* el trabajo doméstico?

Marilyn Waring, cuyo planteamiento se sigue aquí, distingue dos referencias principales: la primera acude al término «valor» en términos morales; la segunda remite al «valor» económico o monetario. (La voz es de origen latino, *valere*, 'ser fuerte'). Desde Adam Smith, el «valor» se mide, se estima y se contabiliza, y el mercado es lo que concede valor a los productos o a los servicios'. «Si Adam Smith fue diariamente alimentado por la señora Smith, no se dio cuenta u omitió mencionarlo. Por supuesto que nunca le pagó por ello. Que el interés de la señora Smith fuera alimentarlo, solamente podemos suponerlo, ya que Adam Smith no vio nunca ningún "valor" en lo que ella hizo».

Según la economista neozelandesa, la proposición de Adam Smith es la que ha subsistido durante los últimos tres siglos en el seno de la disciplina económica. Puesto que la estática vida de un roble o el deambular de un lince no supone transacción económica alguna, su «valor» es nulo. Puesto que en el terror de una familia iraquí no hay transacción económica, su «valor» es nulo. Y puesto que «las amas de casa claramente no "trabajan"», el «valor» de su tarea es nulo. «El dinero no cambia de manos», añade Waring, luego no están trabajando y su constatación en los balances económicos es nulo.

[Cuando se advierte que el valor de los bosques o de la vida humana es «incalculable», a veces, literalmente se está expresando la voluntad de no calcularlo: de no contabilizarlo. En otras ocasiones, naturalmente, la voluntad es la contraria].

En las contabilidades nacionales no hay rastro del «valor» de una playa limpia o de una manada de rebecos en las montañas. «La brisa fresca no tiene ningún valor, pero sí lo tiene el aire fresco que produce un acondicionador», sostiene Waring⁸. Como ocurre con el trabajo de las «amas de casa», esos bienes son invisibles porque se consideran un «regalo de la naturaleza». Los regalos de la naturaleza, los servicios gratuitos de las mujeres de todo el mundo y el terror y la muerte en los conflictos bélicos pasan desapercibidos para la economía. Lo importante es el crecimiento, el desarrollo y la acumulación de capital. La Asamblea General de Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial no pueden ocuparse del envenenamiento del aire, de la situación de esclavitud de millones de mujeres y niños o de los «daños colaterales» en los conflictos bélicos, puesto que su objetivo es el crecimiento económico. «El objetivo es obtener más» para alcanzar el máximo crecimiento económico⁹.

Las contabilidades nacionales reproducen sistemas que guardan relación con el mercado. Por ejemplo, pueden contabilizarse las pérdidas por un vertido químico: se estiman los daños en empresas y particulares y se calcula lo que se deja de producir (pérdidas). Sin embargo, no se contabilizan los espacios verdes, ni se evalúa la cantidad de oxígeno que produce un bosque, ni se valora el potencial ecológico de determinadas especies, etcétera.

Marilyn Waring comenzó sus investigaciones en los años ochenta, ante los peligros de la contaminación y otras agresiones medioambientales. En los últimos años se ha incrementado el número de denuncias de organizaciones no gubernamentales, y los propios gobiernos también se han aplicado en un proceso de sensibilización y concienciación ecológica. Se ha llegado a acuerdos internacionales y se firman protocolos - como el de Kyoto - asumiendo responsabilidades; aunque no faltan los poderosos que eluden formalizar esos tratados y otros regatean su cumplimiento. Se habla de desarrollo sostenible, pero con frecuencia se vacía de contenido.

Existe una explicación ante semejantes actitudes. Los economistas suelen quejarse de la imposibilidad de contabilizar determinadas actividades o registros. Habitualmente se indica que las contabilidades remiten a mediciones objetivas y o de determinados indicadores no permiten tal objetividad. Determinadas actividades o indicadores se constituyen como «bienes y servicios a los que no se les puede dar un precio de mercado porque su valor es espiritual, psicológico, social o político»¹⁰. O, en otros términos, existe una dificultad conceptual para tratar determinados bienes y servicios como entradas en los libros de contabilidad de las naciones y del mundo. En definitiva, el mundo asiste impávido a una contabilidad sesgada o, al menos, modificada que atiende únicamente a los valores transaccionales o monetarios, y todo aquello que se aleje de los índices que marcan el crecimiento o el pretendido desarrollo quedará excluido.

«Los profesionales de la economía son un grupo social limitado, de hombres blancos económicamente privilegiados y con educación universitaria. No sirve ni a la mayoría de la humanidad ni a nuestro frágil planeta. Su estructura y contenido tienen el propósito y la función de la propaganda»"

Algunos ejemplos servirán para explicar en qué sentidos se tergiversan los análisis económicos: en España se ha acostumbrado a explicar el alto índice de desempleo como resultado de la incorporación de la mujer al mercado de trabajo. En definitiva, el trabajo de la mujer implica paro, no crecimiento. Si las mujeres permanecieran ocultas o invisibles, realizando labores con la única compensación de permitirles la existencia, la tasa de desempleo disminuiría considerablemente. La cuestión es delicadísima, porque ello sugiere la pervivencia de modelos de discriminación intolerables. Muchas mujeres de áreas rurales que trabajan en huertos y granjas, que atienden los ganados o que se esfuerzan en la recolección aún permanecen en ese limbo económico de la invisibilidad: su esposo es el campesino, el granjero o el ganadero y así consta en los balances y en los censos de actividades productivas; la mujer, simplemente, no existe. En otras zonas, los niños ocupan buena parte de su tiempo en labores productivas, pero tampoco su esfuerzo laboral consta en los balances o en las estadísticas. No estamos hablando de economía sumergida - problema importante en el que las mujeres también representan un porcentaje considerable-, sino del trabajo que realizan las mujeres y que no se considera como tal: ahora estamos hablando de actividades «no monetarizadas».

La profesora María Angeles Durán, experta en esta materia, ha advertido que, en los próximos años, es previsible que se desarrollen nuevos campos de la ciencia económica dirigidos a conocer las actividades no monetarizadas -trabajo no remunerado o consumo de recursos no monetarios-, en las que la participación de las mujeres es mayoritaria. Esta es una aspiración vívidamente sentida por las mujeres, añade la catedrática de Sociología; la Asamblea General y el Consejo Económico y Social de la ONU, además de la Conferencia de Naciones Unidas sobre la Mujer (Pekín, 1995), asumieron como propuestas políticas una cuestión que podría considerarse técnica o científica: la reforma de los sistemas actuales de contabilidad nacional. Se aplicaría el método de las llamadas «cuentas satélites» o cuentas complementarias, al lado de las convencionales, que se harían eco de las aportaciones e interdependencias entre el trabajo remunerado y el trabajo no remunerado, al que socialmente están adscritas la mayoría de las mujeres. La profesora Durán reconoce que estos objetivos no pueden lograrse de inmediato y para todos los países del mundo, pero también afirma que la reforma de los sistemas de contabilidad nacional es imprescindible para «visibilizar» a las mujeres en los procesos económicos¹².

En el Parlamento español se aprobó por unanimidad una proposición no de ley para la incorporación en la contabilidad nacional -p o r vía de una cuenta satélite- de la estimación de los recursos aportados por el trabajo no monetarizado. En la Unión Interparlamentaria, recientemente se han elaborado directrices para la elaboración de los presupuestos nacionales contemplando el género.

Josune Aguinaga¹³ recordaba que, en España, el Estado del Bienestar se había instalado tarde y que aún adolecía de ciertas disfunciones en comparación con el resto de Europa, tanto en relación con las cantidades destinadas al Producto Interior Bruto para servicios sociales como, en consecuencia, a los servicios que se ofrecen a los ciudadanos. Aguinaga recuerda que el bienestar social -cuidados a las personas- se realiza básicamente en el seno familiar (hasta un 87 por ciento). Y el 83 por ciento de las personas que se ocupan de dispensar estos cuidados son mujeres. Sólo un 13 por ciento de los cuidados que necesita la población cuenta con la asistencia de los servicios sociales. Es, por tanto, imprescindible una cuantificación de este tipo de ocupaciones en tiempo. El Informe CES 2000 («La protección social de las mujeres»), además, aborda esta cuestión haciéndose eco de la situación de las mujeres consideradas económicamente inactivas, que no trabajan por cuenta ajena ni propia y, por tanto, permanecen al margen de la Seguridad Social, carecen de protección y sólo pueden acceder a determinadas prestaciones mediante el vínculo conyugal u otras relaciones jurídicas de parentesco. No se trata de un grupo marginal: en 1999, más de cinco millones de mujeres se dedicaban en exclusiva a tareas domésticas. La falta de valoración monetaria de la aportación al trabajo de estas mujeres al bienestar y la riqueza de la sociedad, añade Aguinaga, ha llevado a considerar en diversos foros internacionales la necesidad de establecer métodos que contribuyan a hacer más visible esa aportación.

Cristina Carrasco, en *Mujeres y economía*, recordaba que la ciencia económica había desarrollado una metodología que no podía «ver» el comportamiento económico de las mujeres¹⁴. La economía feminista no pretendería sólo ampliar los métodos y teorías actuales para incluir a las mujeres; se trata de algo «mucho más profundo»: se pretende un cambio radical en el análisis económico -habitualmente androcéntrico- que permita transformar la disciplina económica, para llevar a cabo un estudio que integre la realidad de mujeres y hombres a un tiempo.

En las últimas décadas se ha empezado a hablar de «trabajo familiar» en vez de «trabajo doméstico». La consideración misma de «trabajo familiar» creaba algunos problemas, ya que su inclusión en el Producto Nacional Bruto podía someterse a distintas consideraciones: si no se incluye, permanecerá invisible y no se valorará; pero si se incluye y se reconoce, aún quedará una parte de la actividad doméstica que no se verá reflejada, además de propiciar una hipervaloración del rol de ama de casa contra el que tanto se ha luchado. En todo caso, «Con algunos cambios estructurales, el UNSNA ha permanecido intacto desde 1953. Cuando los informes internacionales y los escritores se refieren a la mujer como estadística o económicamente invisible, es porque el UNSNA la ha hecho desaparecer. Cuando se nos dice que el militarismo y la destrucción del medio ambiente están registrados como crecimiento, es el UNSNA que lo ha establecido así. Cuando buscamos desesperadamente los instrumentos más perversos de la civilización, aquellos que pueden eliminar una cultura y una nación, debemos entonces colocar al UNSNA junto a todos ellos. Cuando añoremos poder respirar algo de aire fresco o un vaso de agua libre de contaminación radioactiva, tendremos que recordar que el UNSNA dice que ambos carecen de valor»¹⁵

Cincuenta años de propaganda han hecho su efecto, sugería Waring en los primeros años ochenta. Es un esfuerzo notable tratar de entender la economía de otro modo: el modelo excluyente y agresivo formalizado en los años cincuenta goza de excelente salud, a costa de los derechos humanos y el medio ambiente.

UNA REBELDE EN EL FIN DEL MUNDO

William y Audrey enseñaron a su hija el «valor» de las cosas¹⁶. Cuando ocurrió «aquello», en 1984, Marilyn Waring sólo reproducía los «valores» que había aprendido en su entorno familiar, confirmaba su tenacidad y se enfrentaba al convencionalismo político desde la juventud de sus treinta años.

Para entonces, Marilyn ya tenía tras de sí una larga experiencia política. (La participación femenina en la vida social de Nueva Zelanda se distingue por su historia: las mujeres neozelandesas fueron las primeras que obtuvieron su derecho a voto, en 1893). Pero nadie esperaba que aquella joven se enfrentara a todo un sistema económico y bélico. Cuando las críticas arreciaron y las acusaciones se hicieron más intensas, Waring descubrió el apoyo de las asociaciones de agricultores y de maoríes.

En 1975, la joven estudiante de Ciencias Políticas accedía al Parlamento de Nueva Zelanda. Tenía 22 años. Se celebraba por entonces el Año Internacional de la Mujer y Marilyn, con una gravedad rayana en el temor, verificaba los deseos de muchas neozelandesas y «acudía a la oficina»: el trigésimo octavo Parlamento de Nueva Zelanda. «Yo era feminista y creía que las mujeres debían "trabajar". Pero, en realidad, yo no quería. Yo quería dedicarme a la música clásica». No solamente era la única parlamentaria en la Cámara, también era la más joven, y se le asignó un escaño en un extremo. «No sabía si me habían colocado allí para que estuviera callada o porque estaba más cerca de la puerta».

Marilyn Waring se presentaba por la circunscripción de Wakato, donde predomina la actividad ganadera. Este sector productivo, en efecto, es uno de los más importantes del país: durante la segunda mitad del siglo xx, las cuentas demostraban que Nueva Zelanda era el primer exportador mundial de lana y productos lácteos derivados, como el queso y la mantequilla. También, por tanto, se trata de un sector altamente mecanizado y modernizado. Como Estado perteneciente a la Commonwealth, también gozó de los favores de una asociación económica muy potente durante los años inmediatos a su constitución como país independiente.

Los electores de Raglan habían oído hablar de Marilyn Waring y ella misma se había encargado de recorrer cada finca y cada casa de la circunscripción. En una zona agrícola y

conservadora, aquella joven aparecía como una política «radical». Semejante apelativo ha tenido que escucharlo en muchas ocasiones, pero, cuando esto sucede, ella suele remitir al conocimiento etimológico: «radical» procede del latín *radix*, que significa 'raíz', y acudir a la raíz y fundamento de las ideas, tampoco puede ser tan peligroso.

Los periódicos anunciaban que se habían producido escenas de enorme emoción cuando el National Party había designado a una «joven soltera» para competir por el electorado de Raglan. La parlamentaria no perdía ocasión para exigir más representación para las mujeres y los jóvenes en las instituciones.

«Era la primera vez que alguien se preocupaba de nosotros», decían sus electores. «Cuando creía que algo nos podía interesar, venía y nos lo contaba». Cuando Waring obtuvo su escaño, se sintieron como si ellos mismos hubieran conseguido algo, incluso entre el pueblo maorí. Sus vecinos recuerdan que Waring se preocupaba por todos, especialmente por los jóvenes y las mujeres, que estaban infrarrepresentados.

- Soy consciente -dijo Waring en su primer discurso- de que soy el miembro más joven del Parlamento, y no pretendo dar a ninguno de los presentes una lección de política, pero deben hacerse cargo de que muy a menudo tengo la sensación de que habrá que otorgar más representación a la juventud y a las mujeres de este país: defenderé los intereses de los dos grupos siempre que lo considere necesario.

Si en alguna ocasión la gente le mostraba su agradecimiento, solía pensar: «Esta es mi legitimación». Hay una expresión maorí *-turanwawawe-* que significa «un sitio donde estar». «Mi electorado es mi lugar», explica Waring. En aquellas elecciones de 1975, el National Party -una coalición de antiguos partidos reformistas- obtuvo casi el 48 por ciento de los votos, y Robert Muldoon se convirtió en primer ministro. Muldoon ganó también en 1978 y 1981, aunque con menos margen, y permaneció al frente del Gabinete hasta que ocurrió «aquello» en 1984.

En 1978, poco tiempo después de ocupar su escaño, Marilyn Waring tuvo ocasión de intervenir en un conflicto muy significativo. Uno de los primeros proyectos que se le presentaron venía avalado por una potente compañía minera. Deseaban hacer algunas prospecciones en la montaña de Wakato y, como parlamentaria por aquella circunscripción, Waring prestó atención al caso. Se trataba de extraer oro y presentaban la operación como una cascada de beneficios aparentes para la comarca: puestos de trabajo, infraestructuras locales y regionales, nuevos comercios y empresas, necesidad de electricistas, lampistas, etcétera. En las reuniones con los campesinos de la zona, Waring entrevistó la posibilidad de que los empresarios mineros no lo estuvieran «contando» todo. -Esa montaña es importante -decía un vecino de la economista-. El clima, las lluvias, los vientos y la temperatura dependen de ella...

Observada con ojos limpios, aquella montaña tenía una actividad económica eterna: su producción se asemejaba a una factoría que jamás deja de producir aire, agua, elementos nutritivos para la comarca; es también un equipo de aire acondicionado perfectamente regulado. Veinticuatro horas de producción continua.

Al observar la Naturaleza desde este punto de vista, «ellos [los economistas tradicionales o las grandes empresas] consideran que no entiendes, que tienes un problema», añade Marilyn Waring. Pero, ante una devastación ecológica como la que supone una mina de oro, la economista advierte que los granjeros y campesinos de la zona producen algo más importante que el oro: alimentos, lana, ropa. La montaña era una reserva forestal que respiraba y generaba oxígeno. La humanidad, advierte Waring, puede prescindir del oro, de la comida, no. Una montaña o un bosque pueden ser eternos si se cuidan y serán «nuestros» durante cierto tiempo, mientras estemos en este mundo; después, otros ocuparán nuestro lugar y podrán disfrutarlo si lo cuidamos. Este es un mensaje universal.

En el caso concreto que afectaba a Waring y sus vecinos, la industria extractiva podía quebrar el equilibrio medioambiental. No sólo se trataba del impacto visual, sino de contaminación de aguas, destrucción del hábitat de numerosas especies y modificación del clima de la zona. Los campesinos se negaron a dar vía libre al proyecto y Marilyn Waring se encargó de que las peticiones locales se verificaran en el Parlamento.

En la segunda legislatura, la joven parlamentaria fue nombrada presidenta del Comité de Gasto Público. Se sentaba en un extremo de la mesa y observaba cómo nueve hombres «bien vestidos» -jefes de Departamento o tesoreros- hablaban en términos que ella apenas podía

comprender. «Por entonces desarrollé el "arte de la pregunta estúpida"». - ¿Qué significa eso? ¿Y eso?

Cuando los administradores comenzaban a mover todos aquellos montones de papeles y a hablar en su jerga económica, Waring dejaba caer ingenuamente su terrible pregunta:

- ¿Me lo puede explicar en inglés coloquial, de un modo comprensible?

Las medias sonrisas de los jefes de Departamento demostraban la relación entre lenguaje y poder. «Si no hablas el lenguaje económico, te dirán que utilizas términos subjetivos y, por tanto, no científicos; si no hablas su lenguaje, su argot, no puedes discutir con ellos y consideran que tienes un problema, que no entiendes el tema»⁸.

Aún era peor cuando los tesoreros hacían un esfuerzo y le explicaban en qué consistía un proyecto o cuáles eran las implicaciones económicas de una partida o un gasto. Entonces y con frecuencia, a Marilyn Waring se le presentaba el dilema de escoger entre lo ridículo y lo absurdo.

- Sí -le decían-, pero son las normas. ¿Las normas? ¿Cómo era posible que Nueva Zelanda tuviera una normativa económica que carecía de fiabilidad, que no observaba aspectos determinantes de la vida productiva o que ignoraba datos de la mayor relevancia?

Los viajes personales o al frente del Comité de Gasto Público o como parlamentaria le permitieron comprender que no se trataba de un sistema exclusivo de su país, sino una normativa internacional que afectaba a todo el mundo. Su tarea se convirtió en un proceso crítico: bastaba con aplicar el sentido común para entender que el modelo económico no lo contaba todo ni lo contabilizaba todo. La burocracia, la ausencia de eficacia en el control de gastos gubernamentales y la contabilidad de los políticos ocultaba y falseaba un mundo.

Y, finalmente, ocurrió «aquello».

Desde mediados de los setenta, los neozelandeses habían mostrado su descontento ante la continua presencia de buques y submarinos nucleares estadounidenses en los fondeaderos del país. Nueva Zelanda había firmado en 1951 el tratado de defensa ANZUS (Australia, New Zealand and United States Treaty) y tres años después, el convenio ampliado SEATO (Southeast Asia Treaty Organization). Lo que ocurría efectivamente era algo semejante a lo que sucedía en Europa y en otras partes del mundo: la utilización estadounidense, abusiva e irresponsable, de dominios independientes y soberanos con fines militares. Las pintadas y eslóganes al respecto eran significativos: «Los neozelandeses necesitan los submarinos nucleares como los pavos necesitan la Navidad». El grito «*No nukes!*» hizo visible una reivindicación que iba más allá de la simple exigencia de calidad medioambiental. «No sólo se trataba de condenar la presencia de tecnología o armas nucleares en Nueva Zelanda», explica Waring, «era una cuestión de soberanía». La ley neozelandesa había prohibido explícitamente el almacenamiento, el transporte y el uso de armas nucleares, pero Estados Unidos, a pesar de ser oficialmente aliados, ignoraba la normativa del país y continuaba atracando sus bombas flotantes en Wellington y Auckland. «La única conexión que teníamos con esa industria era el hecho de acoger esos barcos en nuestros puertos», recuerda Waring. «Así que lo único que podíamos hacer era prohibirles el acceso a Nueva Zelanda, a nuestros puertos y a nuestras aguas territoriales».

La soberanía, la paz y el medio ambiente estaban en juego. Marilyn Waring vivía por entonces al lado del puerto y todas las mañanas pasaba junto a aquellos buques de guerra. «Se me hacía un nudo en el estómago». Cuando llegó el momento de expresar sus convicciones, la joven política «radical» no se hizo de rogar: No debería haber armas nucleares en nuestro territorio soberano. Y pronunció aquellas palabras con tanta contundencia que un rumor de inquietud corrió por los pasillos del Parlamento. Robert Muldoon supo entonces que no podía contar con ella; pero el Gobierno había salido elegido por un solo voto, y la actuación de Marilyn Waring amenazaba con hacer caer al gabinete. - La diputada Waring -dijo Muldoon- está provocando con su actitud la disolución del Parlamento.

Pero la rebelde no dio un paso atrás. Su cargo era representativo y no podía actuar para salvar su puesto de trabajo. Y votó «No» en el «debate nuclear». El diario *The Evening Post* lo llamó el «Día del drama». La decisión de Waring forzó una votación de urgencia y el 14 de julio de 1984 el National Party cayó derrotado en las urnas: obtuvo sólo 37 escaños frente a los 56 del Partido Laborista. Las consultas posteriores demostraron que la opinión de la representante de Wakato era también la opinión de la mayoría de los neozelandeses: un 78 por ciento de la población votó en contra de la industrialización nuclear y de la colaboración con la industria armamentística nuclear.

Waring abandonó el Gobierno y el partido -tenía entonces 31 años- y, desde entonces, no pertenece a ninguna agrupación política. Sus estudios de doctorado la empujaron a una investigación sobre las contabilidades nacionales. Todos los caminos se dirigían a la biblioteca de Naciones Unidas, en Nueva York. Waring afrontó aquella investigación académica como un reto personal e intelectual: «O era el final, o era el principio».

John Maynard Keynes y Richard Stone eran los «padres» del sistema económico mundial. Habían desarrollado su teoría a partir de un documento que ellos mismos redactaron y cuyo título era bien significativo: «La renta nacional británica y cómo pagar la guerra»¹⁹. Este era el principio de la economía británica; cuando el sistema se oficializó como sistema internacional y mundial -porque el Reino Unido había ganado la Segunda Guerra Mundial y se pensó que el sistema económico había sido decisivo-, se convirtió en una economía «neocolonialista». «Este es el sistema que gobierna nuestras vidas». Todos los países del mundo tienen que adaptarse a las normas de la contabilidad y la economía occidental o, de lo contrario, ni el Fondo Monetario Internacional ni el Banco Mundial atenderán sus peticiones. Cuando los países aceptan estas normas, las instituciones citadas ordenan su mundo: les dicen qué deben hacer con sus impuestos, cómo explotar sus recursos naturales, cómo venderlos y, en definitiva, quién ha de vivir y quién no. La pregunta esencial es ésta: ¿qué se incluye y qué se excluye del sistema? Se incluye lo que pasa por el mercado, lo que puede generar dinero, y se excluye el resto. Así, las armas, la prostitución, el tabaco, el alcohol, las drogas, el juego, etcétera, pertenecen por derecho propio y con gran claridad al sistema económico y contribuyen al crecimiento; la paz, la preservación de los recursos naturales, el trabajo no remunerado o el trabajo de la reproducción humana no vale nada en absoluto. En definitiva, existía una diferencia abismal entre lo que consta en las normas y lo que ocurre en la vida real; y era tan honda la brecha que la joven economista neozelandesa advirtió que algo se escapaba...

Los documentos teóricos a los que tuvo acceso Waring en la biblioteca de la ONU lo dejaban bien sentado: «La producción de subsistencia y el consumo de los productores no primarios no tienen ninguna importancia en términos macroeconómicos». Semejante proposición dejaba fuera a la mitad de la Humanidad, aquella que se ocupa de hacer la comida, de colaborar en las labores agrícolas, las que acarrear el agua o cuidan a los enfermos, a los ancianos y otras personas dependientes en el hogar. ¡Todo ello no tenía ningún valor desde el punto de vista de la macroeconomía! Naturalmente, el sistema no puede ser sensible a un valor que se niega a reconocer. Y, sin embargo, los numerosos viajes de Waring a Filipinas, Nepal, Kenia o Sudamérica demostraban que la actividad femenina en todos esos países, y en el resto del mundo, era esencial. Se abría un verdadero abismo entre lo que señalaban «las normas» del sistema económico mundial y lo que Waring había comprobado que sucedía en realidad.

Durante sus viajes, la economista utilizaba una técnica de estudio que consistía en acompañar a una mujer de su edad y anotar cuanto hacía; otras veces tomaba fotos o atendía al trabajo de los niños (en Zimbabue, por ejemplo). Muchas culturas basan su distribución del tiempo en el ciclo solar -amanecer, mediodía, anochecer-, de modo que, en ocasiones, trazaba una línea que simbolizaba el paso del sol y preguntaba a las mujeres en qué ocupaban su tiempo. Waring constató que la jornada laboral de muchas mujeres se extendía a lo largo de dieciséis o dieciocho horas y que esas actividades no constaban en ninguna parte. A veces, en algunos países africanos, la mujer tiene que desplazarse una docena de kilómetros para buscar agua -para lavar o cocinar-, preparan la comida para los niños y lo disponen todo para que acudan al colegio, acarrear leña, cuidan ovejas o cabras, las ordeñan por la tarde, vuelven a buscar agua...

Si a Waring se le ocurría preguntar qué hacían los hombres mientras tanto, todos en el poblado se ríen y alguien contesta que los hombres se dedican a vigilar a las mujeres y a los niños... ¡porque dependen de ellos! Luego, deciden quién lleva a las bestias a pastar y procuran comida para la familia. Respecto a la distribución de tiempos, en Pakistán se realizó un estudio sobre el uso del tiempo en relación con las actividades del hombre y la mujer, y las conclusiones pueden resumirse así: los hombres realizaban cinco actividades a lo largo de un día y en jornadas cortas; las mujeres realizaban hasta doce tareas ininterrumpidas, constante y simultáneamente. El mensaje para las mujeres se podría sintetizar en una exclamación: «¡Despertad!».

[En España, los diarios recogieron recientemente las conclusiones de una encuesta del INE sobre el empleo del tiempo en el ámbito doméstico: las mujeres dedican al hogar el triple de horas que los hombres. Las mujeres dedican a los trabajos domésticos una media de cuatro horas y veinticuatro minutos; los hombres, una hora y treinta minutos⁹.

Waring, con sus anotaciones, visitó a John Kenneth Galbraith.

- ¡Por el amor de Dios, escríbelo! No me lo cuentes: sabes mucho, escríbelo.

Sus palabras fueron determinantes. El prestigioso economista canadiense recuerda que aquella joven se presentó en su despacho poniendo en claro las disfunciones de un sistema tiránico. «La economía tiene tendencia a contabilizar sólo la economía monetaria, pecuniaria, como base contable y medible. Si no hay transacción monetaria, si no hay precio, no se mide. Eso hace que el trabajo de las amas de casa y de las madres quede fuera de la contabilidad de un país. Es un trabajo muy productivo a nivel humano y para el bienestar y el crecimiento de la economía, pero no se contabiliza. Eso era lo que ocupaba a Marilyn Waring. Y me gustaría creer que también era lo que me ocupaba a mí»²¹.

Galbraith recuerda aquel encuentro perfectamente, porque ella empezó a hablar sin interrupción y con pasión sobre el papel de las mujeres en el sistema económico, sobre ese trabajo tan productivo para el bienestar y el crecimiento que, sin embargo, no se contabiliza: si no hay precio, no hay medida y, por tanto, queda fuera de la contabilidad. Si las mujeres son productoras invisibles en la economía de una nación, serán invisibles en la distribución de beneficios.

Marilyn Waring comprendió entonces que todo radicaba en el sistema contable de las naciones, el UNSNA. Un sistema semejante no podía ser sensible a los valores que se negaba a reconocer; no valoraba el trabajo de la mitad de la población del planeta y, desde luego, tampoco valoraba al mismo planeta; ese sistema era el causante de la pobreza generalizada, de la ineficacia ante la enfermedad y la muerte de millones de mujeres y niños; fomentaba los desastres naturales y «acabará por matarnos a todos».

Ante los voluminosos textos normativos, la joven neozelandesa entendió que los gases y los CFCs son «productivos»: destruyen la capa de ozono, pero, tal y como se plantea, favorecen ciertas industrias farmacéuticas, o las que fabrican parasoles o cremas protectoras. ¡O no entendemos nada de economía o esto es perfectamente criminal!

-Cuantos más cigarrillos fumemos o cuantos más accidentes de tráfico haya, más crece la economía -dice Waring en una conferencia, ante un público atónito-. Pero no creo que si estrello mi coche, nadie me diga: «Tranquila, querida, hemos contribuido a la riqueza del país». ¡No podría ocuparme de mi propia casa pensando así! Para mí, sería una pérdida, no un beneficio. Cualquier actividad que pase por el mercado tiene en la contabilidad de los países la consideración de «crecimiento».

Marilyn Waring regresó a Nueva Zelanda para redactar un texto que prometía ser revelador: *If Women Counted (Si las mujeres contarán*²²). En una casa frente al mar, todas las ideas que había entrevistado en Nueva York se hicieron patentes: «Veía la hierba desde la ventana... Sólo se oía el viento entre las ramas, las olas y el mar y el cielo estaban limpios y azules. No había nadie en la playa. Al fondo se veían los islotes que surgían del mar. Me parecían preciosos. Y veía que no tenían valor... al menos desde el punto de vista económico»²³.

El texto final se parece bastante a unas lentes que permitieran ver la realidad de otro modo. «Marilyn Waring cambia nuestra visión del mundo. [...] Gracias a ella, cuando miramos lo que es y lo que podría ser, permanentemente ampliamos nuestra visión»²⁴.

Pocas personas dirían que esa mujer que conduce el tractor, ataviada con camisa a cuadros y pantalones de granjero, que maneja con destreza las pacas de heno, que camina con paso firme por el bosque tropical o que domina con mano experta su rebaño de cabras de angora es la misma especialista que viaja a Sidney, a Boston, a Montreal o a Nueva York para pronunciar discursos y conferencias sobre economía mundial.

La doctora en Economía es ahora también una granjera y, como le gusta hacer punto, ha comprado unas ovejas de lana oscura - «Los jerseys quedan muy bien con esos tonos...»--. Al pasar por delante del porche, *Tofu*, una cabra de lana de angora con los cuernos retorcidos, se acerca y Marilyn agradece su labor vigilante con una caricia.

¿Cuánto vale *Tofu*?

DE LA VIDA Y LA MUERTE: ¿CUÁNTO VALE UN NIÑO?

Los sucesivos tratados que aconsejaban la restricción en la producción de armas se han incumplido sistemáticamente²⁵.

Ni siquiera los protocolos sobre armas químicas o armas de destrucción masiva se han verificado. Las estadísticas sugieren que el armamento actual sería suficiente para matar doce veces a cada individuo del planeta; como señala Waring, la cuestión es risible, ya que bastaría dividir el gasto armamentístico por doce para asegurar la perfecta destrucción de la Humanidad. La incompetencia llega al extremo de que los gobernantes han empleado setecientos millones de dólares por individuo -para matarlo- pero su inversión para que viva es infinitamente menor. Por otra parte, cabe preguntarse si hay muchas diferencias entre armas de destrucción masiva y masiva producción de armas. Los resultados parecen idénticos. El hecho es que «el sistema económico internacional considera la guerra productiva y valiosa»²⁶. «En ningún lugar se contabiliza la muerte, la pobreza, la pérdida de los hogares, los refugiados, las fuentes de alimentos destruidas, el despilfarro en inversión armamentística ni un medio ambiente cada vez más frágil y explotado».

Sin embargo, millones de personas viven de la industria de la muerte; con todo, los cien millones de individuos que viven de la muerte lo hacen a costa de varios cientos de millones de individuos que la sufren. El tráfico de armas está en manos de seis países: Francia, Alemania, Italia, Rusia, Reino Unido y Estados Unidos. Otras naciones procuran ingresar en el selecto grupo de vendedores de muerte, pero apenas lo consiguen. «Entre los intereses de Estados Unidos ha figurado, claramente, sostener la guerra y una grave tensión política en la región del Golfo Pérsico desde la crisis del petróleo de 1974-75»²⁷. (Cabe señalar que este texto se escribió mucho antes de que estallara la segunda Guerra del Golfo). Ello ocurre porque el tejido industrial y económico de Estados Unidos - y de otros países- se ha construido sobre la necesidad de mantener guerras y la inversión en armamento las necesita. «Por tanto, la muerte por guerra tiene un valor matemático, mientras que otras muertes -por pobreza, hambre, sed, carencia de vivienda, enfermedad- no tienen la misma consideración, ni siquiera son contabilizadas como déficit. Estas muertes no entran en el mercado: su "valor" no se registra en él como costo»²⁸. Nadie «demanda» la guerra; pero entre las funciones del sistema económico se encuentra la «generación de demanda»; el sistema puede conseguir que un país necesite armas para atacar a otro o para masacrarse a sí mismo. Las cifras sobre la guerra y la industria armamentística, puestas en relación con la pobreza, la enfermedad o la supervivencia, son escalofriantes.

Y, a partir del cómputo económico, también se pueden establecer los costes de mantener soldados o, incluso, la muerte o las heridas de los soldados; pero en estas estimaciones no entra la población civil, ni se evalúa el déficit que supone la muerte o el sufrimiento de mujeres y niños como consecuencia de una confrontación bélica o como resultado posterior a la misma.

La propaganda y el lenguaje publicitario acude en ayuda de los «traficantes de la muerte», y los «ataques preventivos», «la guerra contra el terrorismo», o «la liberación» de determinados países se convierten en eufemismos de la producción y el desarrollo derivado de la muerte y la dominación. Por tanto, si la muerte tiene un valor, ¿cuál es el valor de la vida?

Los líderes políticos europeos han manifestado frecuentemente la necesidad de incrementar las tasas de natalidad. Un primer argumento a la hora de plantear este problema es de tipo biológico-moral y se presenta como la obligación femenina de cumplir su rol principal de madre-esposa. Con frecuencia se asocia también a razones presuntamente psicológicas, según las cuales una mujer no es «completa» hasta que no cumple el proceso reproductivo. Cuando las jóvenes europeas se irritan ante el sistema conceptual que las considera «bancos de óvulos» prestos a ser fecundados, no hacen sino mostrar su malestar ante las exigencias que intentan coartar su libertad como personas y las relega a un papel reproductivo. El segundo argumento - de raigambre económica- parte de la idea de que el incremento de producción humana servirá para pagar los gastos del sistema (pensiones, por ejemplo) o para generar mano de obra.

Josune Aguinaga, en *El precio de un hijo*²⁹, resalta la diferencia de comportamientos políticos respecto a los índices de natalidad: se espera que aumenten en los países desarrollados y casi se exige que se detengan en los países pobres. Las ideologías relativas a las exigencias maternas, dice la autora, son el último peldaño - o el primero- del fenómeno poblacional. Una población envejecida se considera catastrófica, pero tal vez esto ocurre porque mantenemos un sistema en el que el valor principal es la producción; podría tal vez imaginarse un sistema en el que los mayores pudieran contribuir magníficamente a la sociedad, en vez de relegarlos a la inactividad. Aguinaga también hace referencia a la teoría de «la extinción de las naciones» desde el punto de vista poblacional, a menudo relacionado con ideologías ancestrales de pervivencia de las razas y otras cuestiones igualmente peligrosas. Algunos ideólogos de esta

tendencia proponen incrementar la natalidad y, de otro lado, controlar la inmigración, ignorando que el mestizaje es un fenómeno positivo y, probablemente, inevitable.

La interiorización de los roles tradicionales se traduce en las siguientes preguntas, planteadas sucesivamente a las mujeres: «¿No tienes novio?»; «¿Cuándo te casas?»; «¿No tienes hijos?»; la consecuencia inmediata es la culpabilización si eres desobediente y si, por diversas razones, resistes la presión. La maternidad ha sido también un tema central en el feminismo. Incluso desde las perspectivas feministas ha ido evolucionando la percepción de la maternidad: hablamos de deseo y derecho a la maternidad.

Como ocurre con el aire, o con el agua, o con otros recursos naturales, se entiende que la mujer debe «producir» individuos. Porque son regalos de Dios o son regalos de la naturaleza. La idea cierta de que la reproducción humana es un valor controlado por el hombre se basa en hechos fehacientes, como el mercado negro de bebés, el infanticidio de niñas, la preferencia por los niños varones, la mortalidad por maternidad, la prohibición del aborto, el matrimonio de pago o la esclavitud sexual de la mujer. Los niños, por tanto, son «productos», escribía Gena Corea en los años ochenta³⁰. Aparte de las consideraciones legales, los niños tienen un «valor de mercado», como parece evidente en Cuba, en Tailandia o en otros países donde algo tan estremecedor como la prostitución infantil es un negocio próspero. Las redes de pedofilia también mueven millones de dólares anuales. Que estas prácticas sean ilegales no significa mucho para una parte del sistema económico, pues en todos los balances se anotan cuidadosamente los beneficios de la llamada «economía sumergida». Lo que no «cuenta» es la esclavitud o el sufrimiento.

A mediados de la década de los ochenta, la australiana Phillipa Gemmel Smith publicó un estudio en el que «contabilizaba» con precisión cuánto costaba un niño hasta que cumplía los cinco años³¹. El cálculo ascendía a unos 30.000 dólares; es probable que, en la actualidad, el monto total ascendiera a unos 40.000 euros o más. En este cálculo han de contabilizarse la alimentación, la ropa, la educación, el ocio, las vacaciones, los cuidados y los gastos sanitarios, el mobiliario, etcétera.

En un artículo titulado «No da más de sí» -firmado por un grupo de feministas amigas³²- reflexionábamos sobre los bajísimos índices de natalidad en España -hasta el récord de un 1'07 por ciento en 1999-. Recordábamos entonces que no todo podía solventarse con el manido asunto de la incorporación de la mujer al trabajo, una excusa que parece servir para explicar infinidad de problemas actuales. Y hacíamos hincapié en la necesidad de favorecer la implantación de servicios sociales -programas asistenciales, escuelas infantiles, programas de ocio en los colegios, etcétera- que liberaran a la mujer de las tareas que lleva a cabo porque la colaboración pública es escasa y la colaboración privada, en el seno familiar, casi inexistente: «Esto no es una impresión subjetiva ni parte de un posicionamiento ideológico», decíamos entonces; «es simplemente la constatación de una realidad. Una realidad que varía muy lentamente, porque la incorporación de la mujer al trabajo asalariado es mucho más rápida que la de los hombres a compartir las responsabilidades familiares y domésticas». Una vez más: la mayoría de los «servicios» que reciben los miembros más vulnerables de la familia -niños, ancianos, discapacitados o enfermos- están en manos de las mujeres. El problema surge cuando las mujeres ya no pueden ocuparse de esos servicios y, entonces, la solución no es culparlas, sino incrementar el gasto social. Es una cuestión de subsistencia familiar que debe asumir la comunidad. En el artículo citado entrelazábamos la necesidad de un cambio de mentalidad en los hombres y un cambio de mentalidad en los políticos: «No basta un pacto de solidaridad entre hombres y mujeres», explicábamos en aquella ocasión: «ha llegado la hora de exigir un pacto colectivo de solidaridad social para ayudarnos entre todos a ayudar a los que lo necesitan». Y concluíamos: «No es sólo un problema de recursos, es sobre todo un problema de modelo social y de soluciones políticas imaginativas, que no imaginarias o de simple propaganda. Y es que probablemente ésta sea la última generación de mujeres dispuestas a cubrir con el sacrificio de sus proyectos vitales individuales la intolerable carencia de servicios sociales. La formación de las jóvenes de hoy no contempla ya, ni lo hará nunca más, un proyecto de vida basado en la tradicional cultura femenina de la abnegación».

Una parte de la respuesta a estos conflictos pasa por la democratización de la vida privada. Es imprescindible distribuir el tiempo del trabajo doméstico, organizar nuevamente el tiempo, los espacios y los recursos. En el seno de la familia, como en las relaciones sociales o laborales, ser iguales en derechos supone corresponsabilidad. La filósofa alemana Hannah Arendt distinguía la *labor* frente al *trabajo*: la primera proporciona bienestar a los demás, el segundo se intercambia por una retribución.

Por fortuna, ahora estamos empezando a percibir una nueva etapa, más democrática, en el ámbito familiar y se habla de la maternidad ética, solidaria y compartida y por tanto de nuevas paternidades y masculinidades.

El último peldaño atañe a la mujer: «Si bien es evidente que existe influencia de las políticas de población sobre las presiones sociales y familiares que se ejercen sobre las mujeres para que sean madres, sólo en muy pocos casos concretos se conocen los efectos de políticas natalistas o antinatalistas duras [como el caso chino o la experiencia hindú]». El modelo maternal, sin embargo, no cambia y se produce siempre en el mismo sentido: «O se es buena madre o una mala mujer». Las políticas al respecto siempre tienen la misma base, según Aguinaga.

Los políticos conocen estas tensiones y proponen medidas para que la mujer «cumpla» con su «obligación»: «Los cambios demográficos y del bienestar han comenzado a ejercer una tensión en la política estatal. El bajo nivel de natalidad, junto a la mejora de la sanidad y el aumento de la esperanza de vida, han modificado la estructuración social de la edad de tal forma que, en los últimos veinticinco años, el número de jóvenes menores de quince años ha descendido, mientras que ha aumentado el número de personas en edad de jubilación e, incluso, el de los mayores de sesenta y cinco años. Los servicios para los ancianos y minusválidos han llegado a suponer una gran parte de los servicios sociales. Como resultado, las autoridades han diseñado una nueva política para animar a las mujeres a parir más bebés. De nuevo se contempla a los niños como un seguro para la vejez, pero ahora a través de la mediación del Estado, que cuenta con ellos como futuros pagadores de impuestos. Así, la necesidad de conseguir un mínimo crecimiento de la población determina los requerimientos de la reproducción humana, en sentido biológico y social, a nivel estatal. A su vez se ve afectada la vida de las mujeres en edad fértil, puesto que se las anima enérgicamente a tener más hijos mediante las nuevas medidas de política familiar del gobierno»³³. Estas eran las duras palabras de Waring en los años ochenta.

Las mujeres no tienen control sobre su capacidad reproductiva. El sistema opera desde la mentalidad económica del hombre, que las necesita en la producción de individuos, pero las esclaviza en todos los sentidos. El hecho de que los hombres sean libres no presupone que las mujeres lo sean también: ellos ejercen el control y lo expresan como ajeno a la cultura patriarcal. Tener hijos es una virtud o una «ley de vida» o una necesidad social... «El control sobre las capacidades sexuales y reproductivas de las mujeres se ejerce generalmente mediante costumbres que determinan cuándo y cómo podemos tener hijos y a través de la apropiación de esos hijos mediante costumbres de parentesco, herencia y matrimonio»³⁴.

Para que la explotación surta efecto, es necesaria la justificación moral, religiosa o social. En todo caso, el estatus de la mujer se perpetúa en la devaluación de su individualidad, de sus derechos y su sexualidad³⁵.

Las mujeres son las destinatarias de políticas reactivas y de legislaciones que atentan contra el derecho esencial a disponer de su propia sexualidad o su capacidad reproductora: las mujeres pueden sentirse rechazadas por el marido si utilizan métodos anticonceptivos; los legisladores dicen cuándo se recetan anticonceptivos y cuándo puede tenerse o no tenerse un hijo; las distintas confesiones religiosas no pierden la oportunidad de ordenar y reglamentar la vida y la sexualidad femenina; miles y miles de turistas viajan a países exóticos en busca de niños y mujeres, y los compran y los utilizan como material desechable; los proxenetas aseguran que la prostitución es un negocio como cualquier otro (según ellos, hay mujeres que «eligen» ser prostitutas, pero todo el mundo sabe que «las cosas poseídas no pueden elegir»³⁶); las mujeres son propiedades que se pueden tomar y dejar: son víctimas de agresiones, de violaciones, de compra y venta, de malos tratos domésticos, del incesto y del asesinato por honor. Muchas legislaciones del mundo no terminan con este estado de humillación continua.

BIENESTAR

La violación de los derechos de las mujeres y los niños está íntimamente ligada a la violación de la Naturaleza y a la violación de la Vida. Como Marilyn Waring demuestra en su ensayo, ni las mujeres, ni los niños, ni el medio ambiente ni la vida humana cuentan en la economía mundial. Así pues, será necesario contabilizar todos los apartados que «no cuentan». Será necesario responder a las preguntas que se han ido planteando a lo largo de las últimas páginas: ¿cuánto cuesta un bosque? ¿Cuánto cuesta el silencio -a u sencia de contaminación acústica-? ¿En cuánto se estiman las pérdidas por la muerte de un niño? ¿En cuánto se

estima el trabajo no remunerado de un ama de casa? ¿Cuánto debe pagarse a una mujer por traer a un hijo al mundo? Y añadiríamos: ¿qué consecuencias tiene para la salud de las mujeres el cumplimiento sin fin del rol tradicional y las dobles y triples jornadas?

Parece que muchos economistas sólo entienden el lenguaje del debe y el haber, el costo y el beneficio. Se entiende, tal y como advierte Waring, que poner precio a todos los conceptos citados forma parte de la ideología progresista. «Pero, de hecho, es un procedimiento mediante el cual lo más elevado se reduce al nivel de lo inferior y a lo que no tiene precio se le pone un precio»³⁷. Los intentos de contabilidad medioambiental son falseamientos, porque difícilmente puede contabilizarse el oxígeno que produce un bosque o una montaña: son activos, pero parece que sólo adquieren valor económico en su destrucción. Un arroyo no tiene valor cuantitativo, pero sí lo tiene cuando se contamina, porque su inutilización implica pérdidas para la agricultura, la ganadería o el turismo. Las políticas que tratan de impulsar el salario para las amas de casa también falsean la situación real: se puede incluso establecer un estudio sobre las horas que una mujer dedica a diferentes tareas domésticas de acuerdo con la oferta del mercado. Así, por ejemplo, puede calcularse «cuánto vale una esposa»³⁸ estimando las horas empleadas y el precio de las distintas labores (niñera, ama de llaves, cocinera, lavandera, compradora de alimentos, jardinera, profesora, costurera, doctora o enfermera, etcétera. Los precios y las labores dependen del país en que se efectúe el cálculo, y serán distintos en Suecia, Italia, Marruecos o Kenia). Sin embargo, hay mujeres que arreglan ropa mientras charlan con las amigas o ven la televisión, y eso, para los hombres, no es trabajo; una mujer puede repasar la lección con su hijo mientras lo lleva al colegio: ¿por qué concepto debería cobrar? ¿Chófer o monitora educacional? Una mujer puede preparar la comida familiar y, al tiempo, cocinar un preparado especial para el niño enfermo y tender la ropa. ¿Cobrará como cocinera, enfermera o empleada doméstica? Se han contabilizado hasta 32 tareas.

La consecuencia de la invisibilidad, del no reconocimiento del trabajo, supone una merma de derechos y, por tanto, del disfrute de la ciudadanía plena³⁹

Josune Aguinaga resume así sus conclusiones al respecto: en primer lugar, la falta de derechos de las mujeres que se consideran inactivas; en segundo término, la importancia numérica de las mujeres que se dedican a estos trabajos; y, por último, la importancia de valorar el trabajo internacionalmente mediante las llamadas «cuentas satélites», a las que ya nos hemos referido.

En fin, quizá se trate de utilizar la imaginación y aplicarla a la elaboración de los censos, por ejemplo, y contestar fielmente cuando nos preguntan qué hacemos. Tal vez no haya espacio suficiente en un cuestionario para describir cuánto hacemos. ¿Se nos podrá decir entonces que somos «inactivas»?

Las evaluaciones que miden monetariamente el trabajo de las mujeres, añade Waring, nunca servirán «para esclarecer la situación ni para conducir a una decisión basada en la comprensión de la realidad»⁴⁰. Y añade: «Lo único que se consigue [con estos procedimientos contables] es el autoengaño y el engaño de los demás, ya que resulta absurdo tratar de medir lo inconmensurable [...]. Ahora bien, lo absurdo de su lógica no es el mayor defecto que presenta el intento: lo que es peor, lo que resulta destructivo para la civilización es la pretensión de que todo tiene un precio o, dicho de otra manera: pretender que el dinero es el más elevado de todos los valores»⁴¹. Se trata de que los modelos econométricos, los estadísticos, los políticos y gobernantes «acepten el desafío conceptual e intelectual» que supone conceder valor a los hechos que durante siglos han permanecido ignorados.

Cuando se alcanza el último capítulo de *Si las mujeres contaran*, el lector o la lectora entienden perfectamente la dimensión del problema. La reducción a pequeños problemas de autoafirmación femenina o la explicación concreta del conflicto en determinadas zonas o grupos se resuelve como visión global. Las modificaciones conceptuales - que afectan a la mentalidad social- y las consiguientes modificaciones políticas o económicas se presentan en Waring con unas dimensiones que producen vértigo.

El término «bienestar» se ha elaborado a partir del expolio de los recursos naturales, de la esclavitud de los miserables del mundo, de la devaluación de las mujeres, del uso intolerable de los niños - como productos y mano de obra barata- y de la utilización de la fuerza bélica irracional.

Marilyn Waring, en 1987, trató de hacer entender a la Comisión de Estadísticas de la ONU la necesidad de asumir el déficit de todos los conceptos sobre los que se asienta la «prosperidad» del mundo. Se le respondió que tal pretensión se hacía imposible en tanto no se modificaran la mentalidad o los conceptos. (Afortunadamente, los gobiernos comienzan ahora a mostrar mayor preocupación y, por ejemplo, la Unión Europea ha marcado directrices para la elaboración de los presupuestos contemplando el género). Si se entiende que el trabajo infantil o el trabajo de la mujer forma parte de la «naturaleza» de esos seres y, por tanto, no debe contabilizarse, las instituciones económicas jamás lo tendrán en cuenta; y otro tanto ocurre con la devastación natural o las implicaciones de los conflictos bélicos. La invisibilidad de estos conceptos en las contabilidades nacionales y mundiales - y así, la invisibilidad de la mujer, de los niños, de la Naturaleza y de los muertos- sólo favorece que el edificio económico siga elevándose sobre la ignominia.

¿Cómo modificar los conceptos o la mentalidad? En Estados Unidos, sólo la industria bélica, explica Waring, excede la producción de entretenimiento⁴². Si se mantiene la mentalidad del «hombre blanco occidental», las perspectivas no serán muy halagüeñas. La esperanza es que «no tiene mucho sentido hablar de "monocultura" en un mundo de seis mil millones de personas»⁴³. La mayor riqueza es la diversidad. El respeto y la convivencia de culturas son un índice de desarrollo humano.

El renacimiento de la conciencia política -tal vez como respuesta a la globalización económica- ha puesto de manifiesto que no sólo hay un modo de «hacer» economía y que esta disciplina no puede atender sólo a la «teoría científica» sino a las ciencias sociales, incluida la política. Es una consecuencia de la globalización y, al tiempo, uno de sus mejores frutos. «La sociedad civil y la antigua democracia participativa están haciendo ver claramente a los gobiernos que las naciones y el planeta no caben en los estrechos límites del mercado ni pueden dejarse en manos de corporaciones económicas».

Puede ser que el trabajo y la vida de las mujeres o de los niños y las niñas no se contabilice; puede ser que los arroyos y las montañas no se contabilicen; puede ser que los linceos o la capa de ozono no se contabilicen; puede ser que los muertos en tantas guerras no se contabilicen; pero Marilyn Waring nos ofrece argumentos para poder analizar el tema desde una perspectiva distinta.

Según Victoria Camps, la ética del cuidado propia de la vida privada puede ejercer una crítica poderosa a la arrogancia masculina y ser complemento a su vez de una justicia excesivamente abstraída de los problemas reales y cotidianos. La filósofa nos recuerda las palabras de Hanna Pitkin, según la cual las mujeres deberían ser tan libres como los hombres para actuar políticamente; del mismo modo que los hombres deberían ser tan libres como las mujeres para criar hijos. «Una vida confinada eternamente a menesteres personales y domésticos parece absurda y pobre, y lo mismo ocurre con una vida tan pública y abstracta que ha perdido el contacto con las actividades primarias y cotidianas que lo sustentan»⁴⁴. Sólo la igualdad comporta mayor bienestar.

Marilyn Waring asumió riesgos, contribuyó a desvelar una parte invisible de la realidad, participando en la larga marcha hacia la igualdad. Ha sido, como tantas otras mujeres, una mujer molesta o incómoda, por su coherencia y por su empeño no sólo en encontrar su lugar en el mundo, sino porque éste fuera más habitable. Con ella comprobamos también que todo nos incumbe, desde los valores que defendemos, la utilización de la energía y la riqueza, hasta la organización de nuestras vidas, nuestras relaciones y nuestros espacios y tiempos. Quien la vea conduciendo su tractor no podrá imaginar que es una brillante doctora en Economía, una rebelde en el fin del mundo.

MARILYN

WARING.

CUANDO LAS MUJERES CUENTAN

Quisiera mostrar aquí mi agradecimiento a Heide Braun, que siempre nos facilita el acceso a los saberes, y a Marta Selva, al Centro Municipal d'Informació i Re-cursos per les Dones y al Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya por el vídeo de la serie «El món vist per les dones», Terre Nash: *Who's Counting? Marilyn Waring on Sex, Lies and Global Economics*. Canadá, 1995 (subtítulos en ca-talán; Diputació Barcelona / Ajuntament de Barcelona).

Marilyn Waring: *Si las mujeres contaran. Una nueva economía feminista*. Vindicación Feminista, Madrid, 1994; pág. 26.

² Katherine Mansfield. *Diario*. Ediciones B, Barcelona, 1987.

³ Sheila Rowbotham: *Woman's Consciousness, Man's World*. Baltimore, Penguin Books, 1973; citado en Marilyn Waring: *Si las mujeres...*; pág. 39.

⁴ DRAE. Espasa-Calpe, Madrid, 2001.

⁵ Soledad Murillo de la Vega ha publicado *El mito de la vida privada: de la entrega al tiempo propio*. Siglo XXI, Madrid, 1996.

a María Ángeles Durán: *De puertas adentro. El trabajo gratuito de las mujeres: de la economía familiar a la economía nacional*. Instituto de la Mujer, Madrid, 1988.

⁷ *Si las mujeres...*; págs. 42 y ss. Adam Smith (1723-1790), fundador de la economía política, se considera asimismo padre del modelo de economía liberal. Su obra *Investigaciones sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones* puede encontrarse en distintas editoriales, la última en Alianza, Madrid, 2003 (reed.).

⁸ Ídem, pág. 54.

s John Kenneth Galbraith: *Obra esencial*. Crítica, Barcelona, 2002; pág. 116. El artículo «El fin adecuado del desarrollo económico,» se centra sobre todo en la India y en los distintos modelos de desarrollo; uno de los cuales es, precisamente, el máximo crecimiento económico, que parece ser el objetivo prioritario de las grandes corporaciones e instituciones occidentales.

¹⁰ *Si las mujeres...*; pág. 63. " Ídem, pág. 68.

" María Ángeles Durán, además, ha señalado algunos temas de la investigación macroeconómica que probablemente se desarrollarán en los próximos años y en los que quedan abiertas las diferencias en el trato económico que aún persisten entre hombres y mujeres: la revisión histórica y teórica de la formación de la ciencia económica; las transformaciones demográficas (natalidad, ciclos, flujos de población, migraciones); la asignación de tiempo al trabajo monetarizado y no monetarizado (libertad de decisión y constricciones institucionales); la formación del ahorro (decisiones sobre ingresos y consumo en los hogares, acumulación patrimonial) y del endeudamiento; las cargas y beneficios derivados de la intervención pública, tanto estatal como comunitaria, local e internacional: tributación (directa e indirecta, patrimonial o de rendimientos, etcétera) y redistribución a través del sistema de inversiones (creación de empleo, condiciones de vida), servicios públicos y pensiones; y el papel del hombre y de la mujer en la estructura productiva: el acceso a los patrimonios y a las rentas (titularidad, gestión formal y representación).

¹¹ Josune Aguinaga: *El precio de un hijo: los dilemas de la maternidad en una sociedad desigual*. Debate, Barcelona, 2004; pág. 214 y 215.

¹⁴ Cristina Carrasco: *Mujeres y economía: nuevas perspectivas para viejos y nuevos problemas*. Barcelona, Icaria, 2003; págs. 17-18 y 32-33. Las historiadoras feministas estudian las causas y las raíces de la invisibilidad económica, del «olvido» en que cayeron las actividades no mercantiles, la articulación de la actividad de las mujeres en el sistema capitalista y la importancia de las mujeres en la creación de «capital humano». Pero, sobre todo -añade Cristina Carrasco-, las historiadoras, sociólogas y economistas han marcado la aportación decisiva de las mujeres en la «reproducción» familiar desde el siglo XVIII. Las mujeres asumen el trabajo doméstico y realizan las tareas básicas y necesarias para la supervivencia infantil, ocupan largas horas de trabajo en la agricultura o trabajan fuera de sus hogares, en fábricas o en calidad de mercaderes, o como empleadas eventuales, lavanderas, niñeras, etcétera. Y esto no cambió con la implantación del sistema industrial.

Lo sorprendente, dice Cristina Carrasco, es que esa actividad no entre en los presupuestos de los pensadores «clásicos»: se reconoce la importancia de las mujeres en la casa -el cuidado familiar, la crianza y educación de los hijos- en cuanto que los niños son el futuro: trabajadores productivos que contribuirán a la riqueza de las naciones, pero no se le concede ningún valor económico. En los estudios «clásicos» se hace referencia a una supuesta incompatibilidad entre el trabajo doméstico y el trabajo asalariado fuera del hogar. Y cuando se trata de estudiar el trabajo asalariado, no cabe ninguna duda respecto a las razones para la segregación por razón de sexo ni respecto a los salarios más bajos. Todo se acepta como «hecho natural», a la vista de los roles familiares que se imponen a las mujeres. Así las cosas, el empleo femenino sólo sería circunstancial o complementario al masculino.

La autora de *Mujeres y economía*, no obstante, señala también los esfuerzos de las autoras del feminismo socialista para llevar a cabo un «análisis integrador»: si se conceptualiza el patriarcado y el capitalismo como sistemas semiautónomos, sólo se dificulta la comprensión de la realidad de las mujeres. Será necesario observar estos sistemas como una interrelación.

Hasta los años setenta, las investigadoras no dieron el paso de medir, cuantificar y valorar el trabajo doméstico. La cuestión se basaba en tres aspectos determinantes, tal y como lo expresa Cristina Carrasco: qué tareas deben considerarse trabajo doméstico, cómo medirlas y cómo valorarlas. En las últimas décadas, las economistas han procurado abandonar un tanto la perspectiva abstracta de la disciplina para centrarse en las prácticas concretas del trabajo en el seno familiar. Así, en vez de «trabajo doméstico», se empezó a hablar de «trabajo familiar», se comenzó a analizar las tareas de gestión de espacios y tiempos de trabajo en el

hogar y se distinguió entre producción doméstica de bienes y tareas de «cuidado» o apoyo a personas dependientes.

" *Si las mujeres...*, págs. 72 y 73.

^h Marilyn Waring recurre al doble sentido, casi humorístico, de la palabra «valor» y dedica a sus padres el libro esencial de su carrera.

⁷ Terre Nash: *Who's Counting? Marilyn Waring on Sex, Lies and Global Economic*. Canadá, 1995 (subtítulos en catalán; Diputació Barcelona / Ajuntament de Barcelona). Las citas inmediatas también se toman de este documental.

¹⁸ Gloria Steinem, prologuista de *Si las mujeres contaran* (págs. 17-20) y comentarista en la producción del vídeo citada, señala que una de las virtudes del método de Marilyn Waring es su desmitificación del lenguaje economicista; la accesibilidad no se propone aquí como vulgarización, sino como vía para la acción política, para actuar en consecuencia.

¹⁹ «The National Income and Expenditure of the United Kingdom, and How to Pay for the War» se publicó en 1940. «El título es espantoso por su descaro y clarísimo en su intencionalidad», añade Waring (*Si las mujeres...*; pág. 78).

²⁰ *El País*, 2 de julio de 2004. Josune Aguinaga, en op. cit., ofrece tablas comparativas en el mismo sentido y aplicadas específicamente al concepto de «cuidados» familiares (págs. 276 y 277).

²¹ Palabras de J. K. Galbraith en *Who's Counting...*, de Terre Nash. «El asunto inacabado del siglo», de Galbraith, es una reflexión muy cercana a las teorías de Marilyn Waring: se citan expresamente las deficiencias de un sistema colonial, las consecuencias de la miseria generalizada y la proliferación armamentística (en *Obra esencial*. Crítica, Barcelona, 2001; págs. 303 y ss.).

²² Ocurre un fenómeno particular con el título del libro de Marilyn Waring. En inglés (*If Women Counted*), el verbo sólo remite a la contabilidad numérica, de cantidad o de consideración; en castellano, por el contrario (*Si las mujeres contaran*), tiene una doble implicación que lo hace más sugerente: `contar' (en la contabilidad, en la economía o en la consideración) y `contar' (hablar o narrar).

²³ *Who's Counting...*

²⁴ Gloria Steinem, en *Si las mujeres...*, pág. 19.

^{2s} Los tratados SALT I y II (1972), el tratado INF (1987) que preveía la reducción armamentística y nuclear en Europa, el Tratado de Limitación de Pruebas Nucleares (1963), el Tratado de París sobre Armas Convencionales (1990), etcétera. Un resumen del estado actual de la cuestión, con bibliografía, en Joel Krieger: *Politics of the World*. Oxford University Press, Oxford, 1993.

²⁶ *Si las mujeres...*; pág. 195.

²² Ídem, pág. 200.

²⁸ Ídem, pág. 202.

²⁹ *El precio de un hijo...*; págs. 220-223.

^{3°} Cfr. *The Mother Machine*, de Geno. Corea (Harper & Row, Nueva York, 1984) sobre el uso de la mujer como «máquina reproductora» y técnicas de reproducción.

" En «The Cost of the Children», publicado en *Good Weekend* (1986) y citado en *Si las mujeres...*; pág. 228.

³² Elena Arnedo, Cristina Alberdi, Inés Alberdi, Carmen Alborch, Aranguren Duca, Milagros Candela, Elvira Cortajarena, Patrocinio de las Heras, Rosa Escapa, Pilar Escario, María Teresa Gallego, Teresa Riera, Marta Rodríguez Tarduchi, Amparo Rubiales, Ana María Ruiz Tagle y Francois Sabah.

" Deborah Bryceson y Ulla Vuorela: «Outside de Domestic Development Labor Debate: Towards a Theory of Modes of Human Reproduction», *Review of Radical Political Economics*, 16 (1984), citado por Marilyn Waring, en *Si las mujeres...*; págs. 248 y 249.

³⁴ Jalna Hanmer y Pat Allen: *Feminist Issues* (1982); citado en *Si las mujeres...*; pág. 252.

" *Si las mujeres...*; pág. 255. Marilyn Waring completa esta exposición: «La economía, como agente sexista de la propaganda, no opera aisladamente. Está sostenida por - y forma parte de - la conspiración internacional sexista que administran las jerarquías política, religiosa, legal, administrativa y cultural. Es parte del continuo que asegura la invisibilidad y la esclavitud de la mujer» En los últimos tiempos son frecuentes las teorías conspiratorias y, en general, se desestiman por imaginativas o fantásticas. «Pero, después de todo, los tipos que están en el poder no son idiotas. Realizan una planificación; de hecho, una planificación muy minuciosa y elaborada». Si se utilizan los registros políticos o los parámetros gubernamentales para explicar una situación dudosa o injusta, entonces inmediatamente se habla de «teoría de la conspiración». «Si leen a Adam Smith, verán que afirma que cada vez que se reúnen dos hombres de negocios en una habitación, puedes estar seguro de que están cocinando un plan para perjudicar al público» (Noam Chomski: *Obra esencial*. Crítica, Barcelona, 2002; págs. 464 y 465).

³Idem, pág. 277.

³⁷ Idem, págs. 337 y 338; citando a E. F. Schumacher: *Small is Beautiful*. Harper and Row, 1974.

3° En 1970, el Chase Manhattan Bank realizó una encuesta en este sentido y calculó que el importe de las tareas domésticas ascendía a 650.000 millones de dólares; en aquellos momentos, semejante cifra superaba la mitad del Producto Interior Bruto estadounidense; era también el doble de los presupuestos generales del Estado. En *Si las mujeres...*; págs. 314 y 315.

39 Véase Carmen Alborch: «El ejercicio de la ciudadanía», en AA. VV., de *La ciutat de les dames: ciutat y ciudadanía*. Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, 2000.

4° *Si las mujeres...*; pág. 338; tomado de Schumacher: *Small is Beautiful*.

⁴¹ Josune Aguinaga (en *El precio de un hijo...*; págs. 206-210 y 215-217) recuerda que hay trabajos perfectamente identificables en el hogar y que, por tanto, deberían poder cuantificarse. Sin embargo, el trabajo doméstico incluye otro tipo de organización temporal que apenas resulta visible. Esta distribución del tiempo es especialmente relevante cuando se trata de cuidar niños, enfermos o personas mayores, ya que las respuestas a las necesidades son muy variadas. Aguinaga no olvida que hay una dedicación de tipo afectivo o emocional, y este tipo de trabajos son insustituibles: no se puede robotizar un beso de buenas noches a un niño ni pretender que un asalariado sea tan eficaz como un padre o una madre en esos casos. «Pero, ¿son trabajos que sólo puede desempeñar una mujer a la que llamamos ama de casa o madre?», se pregunta la autora. «Y, si son trabajos, ¿por qué no los definimos con precisión y les otorgamos el valor que merecen?». Tal vez sea el momento de conferir ese valor económico, social y cultural a estos trabajos y labores.

El Estado del Bienestar y la condición de ciudadanía se establecieron sobre los principios del contrato social y los derechos sociales, explica Aguinaga. Si hay una parte de la población que no disfruta de los derechos de ciudadanía y sólo los obtiene por delegación de los verdaderos ciudadanos -los «trabajadores»-, ocurrirá que hay una fisura en el sistema. Las mujeres que se cuentan entre las personas no productivas son «dependientes» y este paso de la *dependencia a la ciudadanía* es el centro actual de debate, según lo expone la autora.

Ya hemos visto hasta qué punto esas «labores» improductivas son la base de una estructura económica y social: en España, hasta cinco millones de mujeres sostienen un complejísimo entramado del cual, en apariencia, ni siquiera forman parte.

Existe una Plataforma de Mujeres por un Salario Sin Sueldo que ha llegado a plantear huelgas del trabajo no remunerado. Esta asociación, que opera activamente en Internet, propone una jubilación para el ama de casa, un salario para el trabajo de cuidado, en las familias y fuera de ellas, y la igualdad salarial para todos y todas, con igualdad de salario para trabajos de igual valor.

42 Marilyn Waring: «Will the World Economy Produce Only World Culture», notas para el Congreso Internacional de la International Society for the Performing Arts Foundation, Sidney, Australia; 13 de junio de 2001.

^{a1} Idem. Se están llevando a cabo cuatro procesos simultáneos de monoculturización: el primero está encabezado y dirigido por el llamado «Hombre de Davos». En este caso, el elemento principal es la globalización económica; la globalización cultural es sólo un acompañamiento o una consecuencia inmediata. La Cultura de Davos se basa en conceptos básicos: costos, beneficios, optimización del trabajo, etcétera. Se trata de una cultura de élite. El segundo proceso destacable no es oficial o de raigambre económica; se trata de una mentalidad nacida en la universidad y difundida por la intelectualidad occidental; se ocupa muy directamente de la condición femenina y el medio ambiente y se expande a través de redes académicas, organizaciones no gubernamentales y fundaciones internacionales. También es una cultura elitista, aunque en su idea es prioritario remitirse a los estratos más bajos de la sociedad. Otros procesos afectan a diferentes modos culturales, menos organizados. Así, la cultura popular (ropa, cine, música, etcétera), que influye decisivamente en la percepción del inundo; es probable que los difusores y directores de esta cultura popular sólo aspiren a ser hombres de Davos. Berger remite a un cuarto apartado, dominado por un protestantismo dieciochesco, regular y jerárquico.

Estas cuatro formas de imposición cultural se escriben y se pronuncian en inglés. Y el uso del lenguaje, añade Waring, nunca es inocente. «Todas las lenguas llevan consigo una carga de valores, sensibilidades y concepciones de la realidad».

Marilyn Waring refleja aquí las opiniones de Peter Berger, director del Institute for the Study of Economic Culture, de la Universidad de Boston. Peter Berger es autor de *La construcción social de la realidad* (Martínez Murguía, Madrid, 1968; reed. 1984), y colaboró con Samuel P. Huntington en la recopilación *Globalizaciones múltiples: la diversidad cultural en el mundo contemporáneo* (Barcelona, Paidós, 2002).

aa «La otra gramática del poder». *Leviatán*, primavera 1998.